

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

VIII.- EL CENTURIÓN: NO SOY DIGNO...

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS.

Seguimos orando sobre diferentes encuentros con el Señor, porque nosotros queremos encontrarle y encontrarnos personalmente con Él, porque el Señor siempre sale al encuentro, se hace el encontradizo porque nos ama.

Para poder encontrarme con el Señor necesito darme cuenta de que la fe cristiana es un encuentro vivo, personal y real con Jesucristo. Como dijo el Papa Benedicto XVI. “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Deus caritas est, n. 1).

Y como dice el Papa Francisco en “*Evangelii gaudium*” 3: “Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él.”

A veces, el encuentro con el Señor reviste un carácter de “lucha”, como vimos en el primer retiro que le ocurrió a Jacob. Otras veces, es en ese encuentro con el Señor cuando descubrimos nuestra vocación personal, como en el caso de Gedeón, en el segundo retiro. En otras ocasiones, el Señor nos provoca para hacer salir de nosotros una respuesta de verdadera fe, como la mujer cananea en el tercer retiro.

Y otras veces, el encuentro con el Señor se produce en el contexto de una tranquila conversación, en la noche, como vimos que le ocurrió a Nicodemo, en el cuarto retiro. También el encuentro con Jesús es posible para quienes parecen estar excluidos y apartados de la sociedad, como le ocurrió al endemoniado de Gerasa; o atraviesan situaciones de profundo dolor y sufrimiento, como la viuda de Naín; o para quienes, por diferentes circunstancias personales o sociales, nos parece que están más alejados de Él, como la mujer pecadora del último retiro.

Y como veremos hoy, el encuentro es posible también para quien “oficialmente” es un enemigo, como el centurión romano, pero que en realidad es un auténtico testigo de fe que muestra a todos que esa fe es condición indispensable para seguir a Jesús.

Para la reflexión:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Hay alguien a quien considere “enemigo”? ¿A qué se debe?
- ¿Cómo contaría con mis propias palabras este encuentro del centurión con Jesús?

JUZGAR – Lc 7, 1-10:

Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, el centurión le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: «Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestra gente y nos ha construido la sinagoga».

Jesús se puso en camino con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir a ti personalmente. Dilo de palabra y mi criado quedará sano. Porque también yo soy un hombre sometido a una autoridad y con soldados a mis órdenes; y le digo a uno: "Ve", y va; al otro: "Ven", y viene; y a mi criado: "Haz esto", y lo hace».

Al oír esto, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: «Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe». Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

EL CENTURIÓN:

En este relato del Evangelio de San Lucas, Jesús se encuentra con un centurión romano y tienen un diálogo muy próximo, porque la fe del centurión y la palabra de Jesús superan la distancia social y cultural. Porque el centurión es un pagano y además pertenece al Imperio que está sometiendo al Pueblo de Israel. Reúne todas las condiciones para ser mirado con recelo e incluso con rechazo.

El centurión no es citado por su nombre. Se le conoce por su oficio: es un oficial del ejército romano; pero también se subraya su actitud hacia los judíos: forma parte de los “temerosos de Dios”, es decir, es un pagano que se siente atraído por el judaísmo y lo practica, pero que al no estar circuncidado, no es un judío en plenitud. Eso sí, ha construido la sinagoga.

El centurión ha oído hablar de Jesús, de sus enseñanzas, de sus milagros en favor de los enfermos y los más desheredados. Y todo ello le mueve a confiar en Él, y busca encontrarse con Él. Ya era bastante duro para un centurión romano tener que pedir un favor a un judío, y más sin conocerlo personalmente. Pero su intuición religiosa descubre en Jesús a un hombre de Dios, aunque todavía no lo confiese como Mesías e Hijo de Dios. Para el romano, Jesús es un profeta, cuya palabra es eficaz como la de Dios mismo, y eso le basta.

Para encontrarse con Jesús el centurión envía dos delegaciones, una de ancianos judíos y otra de amigos. En primer lugar se sirve de unos ancianos de los judíos, que subrayan su actitud hacia el mundo del judaísmo para que Jesús atienda su petición: es alguien que ha hecho méritos suficientes como para recibir lo que pide. Como temeroso de Dios, la observancia de la Ley, la asistencia al culto en la Sinagoga... lo hacían digno. Y hacen llegar a Jesús su preocupación y su sufrimiento por ese criado suyo, al que estima mucho, y que está enfermo.

Pero el centurión romano es consciente de no pertenecer al pueblo elegido, y además sabe que para un judío suponía impureza entrar en casa de un pagano. Por eso no se cree digno de hospedar a Jesús, y envía a la segunda delegación, la de sus amigos, a los que manda decir que él no es digno mostrando así su fe, su humildad y su confianza. Y Jesús, por esa fe, sana a su criado.

El personaje del centurión es una figura ejemplar, que rompe los prejuicios hacia un “enemigo”, un miembro de las “fuerzas de ocupación”. De este centurión podemos aprender muchas cosas: confianza, humildad, generosidad, bondad de corazón...

Con mucha facilidad decimos: “Este no es de los nuestros”. Y a renglón seguido presuponemos que quien no es de los nuestros está bajo sospecha. Pero si tuviéramos unos ojos limpios y un corazón abierto y bondadoso como el del centurión, nos daríamos cuenta de que hay muchas personas buenas, que no se consideran creyentes o practicantes, y sin embargo nos pueden dar lecciones de humildad, generosidad y bondad de corazón...

Porque hay un detalle que no nos tiene que pasar desapercibido: que el centurión, el oficial del poderoso imperio romano, sentía afecto y se preocupaba de la enfermedad de uno de sus servidores. Este gesto de amor es lo que condujo al centurión hasta el encuentro con Jesús y a descubrir, por la fe, a Dios en Jesucristo.

La crisis de fe, que lamentamos a veces, está directamente relacionada con una creciente pérdida de sentimientos humanos, con una gran deshumanización. Y en diferentes grados, son signos de esta deshumanización la pobreza, la marginación, la infidelidad, la insolidaridad, la explotación, la violencia, la xenofobia, la exclusión, la injusticia, el egoísmo, las faltas de respeto...

Si no hay fe en los otros, ¿cómo va a haber fe en Dios? Dios se hizo hombre, para que no lo busquemos en el cielo, sino en el prójimo. El otro es el camino que puede conducirnos a encontrarnos con Dios. Como escribió el Apóstol San Juan: quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve (1Jn 4, 20).

La crisis de fe no es más que el lado visible de un tremendo iceberg que es la deshumanización que ha acarreado el progreso tal y como se entiende y practica a escala mundial, y también a pequeña escala en la familia y en el trabajo o en la política y los negocios.

Para la reflexión:

- ¿Qué es lo que más me llama la atención en este texto bíblico?
- ¿Pienso que hay personas o grupos que “no son de los nuestros”? ¿Por qué?
- Hay muchas personas buenas, que no se consideran creyentes o practicantes, y sin embargo nos pueden dar lecciones de humildad, generosidad y bondad de corazón. ¿Conozco a alguien así?
- Como escribió el Apóstol San Juan: quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve (1Jn 4, 20). La crisis de fe no es más que el lado visible de un tremendo iceberg que es la deshumanización que ha acarreado el progreso tal y como se entiende y practica a escala mundial, y también a pequeña escala en la familia y en el trabajo o en la política y los negocios. ¿Qué signos de deshumanización descubro a mi alrededor? ¿Y en mí?

SEÑOR, NO SOY DIGNO...

El relato destaca que el centurión, después de haberse atrevido a hacer su petición, reflexiona, le parece que lo que ha hecho ha sido un atrevimiento, y envía a unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir a ti personalmente. Dilo de palabra y mi criado quedará sano»

Todos los grandes hombres y mujeres son humildes, ya que la humildad crece en el corazón de aquel que vive sinceramente la existencia. Y lo mismo se puede decir de los grandes creyentes. No se puede vivir con hondura ante Dios si no es en actitud sencilla y humilde. Cuanto más penetra la persona en el fondo de su corazón, mejor descubre que el camino para encontrarse con Dios es el de la humildad, la verdad y la transparencia.

Así, en cada Eucaristía, antes de la Comunión, repetimos las palabras del centurión romano, quizá de forma rutinaria, antes de recibir el Cuerpo de Cristo. Al pronunciarlas no debemos sentirnos humillándonos, rebajándonos, sino que hemos de ver en ellas un anticipo del misterio de la Comunión: siendo criaturas, dejamos entrar en nosotros al Hijo de Dios. Lo que algunos toman de manera un tanto descuidada, no es simplemente un trocito de pan. Se trata de Cristo mismo que viene a mí para salvarme. Es Dios mismo que, en Jesucristo Eucaristía, entra en mí.

La liturgia hace que sustituyamos al centurión, y también al «criado», añadiendo: «Bastará para sanarme». Porque somos, al mismo tiempo, el centurión y su siervo: somos el que suplica y no se siente digno y, al mismo tiempo, somos el enfermo

Por eso, repetir estas palabras no nos servirá de nada si no hacemos nuestra su disposición y la actitud que las inspiró: fe y humildad. Esas palabras con las que respondemos a la invitación del celebrante expresan, por un lado, respeto y veneración ante Jesucristo, que se llega a nosotros y entra en nuestro interior. Por otro lado, con ellas manifestamos nuestra confianza en que, por medio de este encuentro con Jesús, vamos a librarnos de nuestros desgarros y a recuperar la salud espiritual, que nuestras heridas serán transformadas por la unión con Cristo.

Y también, decir “No soy digno” es el primer paso para el reconocimiento de nuestra condición humana frente a Dios. Somos seres humanos, no dioses. Nada más que seres humanos. El centurión podría haber tenido esa halagadora experiencia de creerse más que otros, porque era un oficial del poderoso ejército de la superpotencia imperial de Roma. Pero frente a Jesús comprende que todo eso no es nada, sólo apariencia.

Para caer en la cuenta de esto le ha bastado la amarga experiencia de no poder hacer nada por uno de sus servidores enfermos y a punto de morir. El oficial temido por los pueblos avasallados y las gentes sometidas es sólo un hombre. Y son sólo hombres y mujeres los ricos y los poderosos y los importantes y los influyentes, y los famosos... El centurión nos enseña a rebajar los humos, a reconocernos como criaturas para poder encontrarme con Dios. El que se endiosa, se incapacita para creer y suele rodearse de un corro de adoradores, de aduladores y cortesanos que le ciegan.

De ahí que, como la Eucaristía hay que llevarla a la vida, en más ocasiones deberíamos también repetir: “No soy digno”: “No soy digno” de alardear de mis supuestos méritos ante Dios para exigir derechos y favores aunque me considere un «católico de toda la vida». “No soy digno” de juzgar y condenar a otros, como si mi camino de vida cristiana fuese mejor que el de ellos.

Para la reflexión:

- ¿Cómo evalúo mi humildad? ¿Se asemeja a la del centurión?
- ¿En la Eucaristía repito las palabras del centurión de forma mecánica, o consciente?
- Pienso en ejemplos concretos de mi vida cotidiana en los que debería decir: “No soy digno”.

ACTUAR: NI EN ISRAEL HE ENCONTRADO TANTA FE.

Si nosotros hubiéramos estado en la piel del centurión, nos habría gustado contar con la presencia física de Jesús en nuestra casa. Pero el romano no necesita el contacto físico, pues la confianza de su fe suple con creces la distancia.

Ante el ejemplo del centurión, pensamos: “Si yo tuviera esa fe...”. Pero este encuentro del centurión romano con Jesús nos debe llevar a preguntarnos por qué no alcanzamos nosotros ese nivel, ya que conocemos mucho mejor que el centurión el amor y el poder de Dios.

Cada uno tendremos que dar una respuesta, pero hay una razón común, entre otras: en nuestra vida exigimos seguridad para todo: enfermedad, accidentes invalidez, jubilación, seguros de hogar, de viaje... No nos fiamos de nada ni de nadie. Si esto lo trasladamos al plano religioso, también pedimos seguridad, garantías, sin pensar que tenemos la mejor y más completa garantía, que es la Palabra de Dios. Como dice la Carta a los Hebreos 11, 1: **La fe es seguridad de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve.**

Ante el centurión, Jesús: **se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe.** Jesús, acostumbrado a enseñar con parábolas y comparaciones, es sorprendido por el centurión con una comparación que muestra gráficamente hasta dónde llega su fe: la fuerza de la palabra de Jesús es tan eficaz como las órdenes que el centurión da a sus subordinados.

Por eso, Jesús atiende a la súplica del centurión, no porque fuese recomendado por los ancianos judíos, sino porque, como conoce lo que hay en el corazón humano, descubre lo que hay en el corazón de aquel hombre bueno, y sabe que su fe es mayor que la de cualquier israelita, una fe que ni siquiera tenía necesidad de la presencia de Cristo en su casa. El centurión sabe del poder de la palabra: cuando manda algo, le obedecen. Por eso se fiaba del poder de la palabra de Jesús incluso a distancia.

El camino hacia la fe pasa por el reconocimiento del poder de la Palabra de Dios. Y la Palabra de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros en Jesús, solidario de toda la humanidad. El centro de la fe cristiana es la persona de Jesús, y por eso el encuentro del centurión romano con Jesús es una llamada a todos, pero sobre todo a los cristianos “de toda la vida”.

Del centurión debemos aprender a confiar más en Dios, a fiarnos de Jesucristo que es su Palabra hecha carne, y aceptar el claroscuro de la fe sin obsesionarnos por la seguridad. Aquel centurión romano no dudó de la fuerza y la eficacia de la Palabra de Jesús, tan poderosa que puede sanar a distancia. Esta misma Palabra continúa teniendo la misma fuerza cuando es acogida, meditada y hecha vida con fe.

El Evangelio nos propone especialmente figuras como la del centurión, o la mujer cananea, cuando se quiere destacar la fe. No lo hace a través de discursos ni razonamientos, sino de personas. La fe nace del encuentro personal con Dios en Jesucristo.

Jesús quiere dejar patente que la salvación es universal, para todos los pueblos. Que para recibir y participar de la salvación sólo hace falta tener un buen corazón, buscar el encuentro con Dios con sinceridad y amar al prójimo con generosidad y sin distinciones.

Puede ser que algún día nos llevemos la sorpresa de que alguien como el centurión, a quien señalamos con el dedo como no creyente, o no practicante, o alejado de Dios y de la Iglesia, esté más cerca de Dios que nosotros, porque nuestra fe es con frecuencia débil, nuestra religiosidad superficial y de conveniencia, y nuestro amor a los demás deja bastante que desear.

Para la reflexión:

- Este encuentro del centurión romano con Jesús nos debe llevar a preguntarnos por qué no alcanzamos nosotros ese nivel de fe, ya que conocemos mucho mejor que el centurión el amor y el poder de Dios. ¿Qué respuesta me doy, por qué no alcanzo ese nivel de fe?
- Aquel centurión romano no dudó de la fuerza y la eficacia de la Palabra de Jesús, tan poderosa que puede sanar a distancia. Esta misma Palabra continúa teniendo la misma fuerza cuando es acogida, meditada y hecha vida con fe. ¿Confío en la Palabra de Dios? ¿Cómo se concreta esto en mi vida?
- Puede ser que algún día nos llevemos la sorpresa de que alguien como el centurión, a quien señalamos con el dedo como no creyente, o no practicante, o alejado de Dios y de la Iglesia, esté más cerca de Dios que nosotros, porque nuestra fe es con frecuencia débil, nuestra religiosidad superficial y de conveniencia, y nuestro amor a los demás deja bastante que desear. ¿Cómo me siento cuestionado por este párrafo?

RETIRO: “ENCUENTROS CON EL SEÑOR”

VIII.- EL CENTURIÓN: NO SOY DIGNO...

(Extraído de las revistas “Orar”, “Dabar”, “La Casa de la Biblia”, material de ACG, y otros)

VER – ENCUENTROS:

- ¿Qué encuentros con el Señor he tenido en mi vida? ¿Se asemejan a alguno de los que hemos contemplado en estos retiros?
- ¿Hay alguien a quien considere “enemigo”? ¿A qué se debe?
- ¿Cómo contaría con mis propias palabras este encuentro del centurión con Jesús?

JUZGAR – Lc 7, 1-10:

Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, el centurión le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: «Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestra gente y nos ha construido la sinagoga».

Jesús se puso en camino con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes, porque no soy digno de que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir a ti personalmente. Dilo de palabra y mi criado quedará sano. Porque también yo soy un hombre sometido a una autoridad y con soldados a mis órdenes; y le digo a uno: "Ve", y va; al otro: "Ven", y viene; y a mi criado: "Haz esto", y lo hace».

Al oír esto, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: «Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe». Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

EL CENTURIÓN:

- ¿Qué es lo que más me llama la atención en este texto bíblico?
- ¿Pienso que hay personas o grupos que “no son de los nuestros”? ¿Por qué?
- Hay muchas personas buenas, que no se consideran creyentes o practicantes, y sin embargo nos pueden dar lecciones de humildad, generosidad y bondad de corazón. ¿Conozco a alguien así?
- Como escribió el Apóstol San Juan: quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve (1Jn 4, 20). La crisis de fe no es más que el lado visible de un tremendo iceberg que es la deshumanización que ha acarreado el progreso tal y como se entiende y practica a escala mundial, y también a pequeña escala en la familia y en el trabajo o en la política y los negocios. ¿Qué signos de deshumanización descubro a mi alrededor? ¿Y en mí?

SEÑOR, NO SOY DIGNO...

- ¿Cómo evalúo mi humildad? ¿Se asemeja a la del centurión?
- ¿En la Eucaristía repito las palabras del centurión de forma mecánica, o consciente?
- Pienso en ejemplos concretos de mi vida cotidiana en los que debería decir: “No soy digno”.

ACTUAR: NI EN ISRAEL HE ENCONTRADO TANTA FE.

- Este encuentro del centurión romano con Jesús nos debe llevar a preguntarnos por qué no alcanzamos nosotros ese nivel de fe, ya que conocemos mucho mejor que el centurión el amor y el poder de Dios. ¿Qué respuesta me doy, por qué no alcanzo ese nivel de fe?
- Aquel centurión romano no dudó de la fuerza y la eficacia de la Palabra de Jesús, tan poderosa que puede sanar a distancia. Esta misma Palabra continúa teniendo la misma fuerza cuando es acogida, meditada y hecha vida con fe. ¿Confío en la Palabra de Dios? ¿Cómo se concreta esto en mi vida?
- Puede ser que algún día nos llevemos la sorpresa de que alguien como el centurión, a quien señalamos con el dedo como no creyente, o no practicante, o alejado de Dios y de la Iglesia, esté más cerca de Dios que nosotros, porque nuestra fe es con frecuencia débil, nuestra religiosidad superficial y de conveniencia, y nuestro amor a los demás deja bastante que desear. ¿Cómo me siento cuestionado por este párrafo?

No soy digno de que entres Tú en mi casa

<https://www.youtube.com/watch?v=lc7p3-oPpiM>

No soy digno de que entres Tú en mi casa (bis)

No soy digno de que entres Tú en mi casa (bis)

Pero dime una palabra tuya y yo me sanaré (bis)

Sólo dime una palabra tuya y yo me sanaré (bis)

Sólo dame un aliento tuyo y yo tendré vida (bis)

Sólo dame un aliento tuyo y yo daré vida (bis)

Sólo dame una mirada tuya y yo podré ver / x4

Sólo dame una sonrisa tuya y yo podré reír (bis)

Sólo dame una sonrisa tuya y yo haré reír (bis)

